

nuestro personaje ha estado ligado gran parte de su vida. En suma, un recorrido por la existencia de este hombre ejemplar, que ha desarrollado múltiples actividades, salvando no pocos obstáculos y promoviendo obras que prestigien al Estado de Nuevo León.

Al cumplir este nuevoleonés distinguido, 50 años de ejercicio profesional, no hemos querido pasar por alto este acontecimiento, publicando este modesto trabajo, que esperamos cumpla con el propósito para el que fue realizado. El trabajar al lado de don Ramón en información que no estaba disponible, también resultó ser otra cátedra impartida por el maestro, que mucho le agradecemos. Por último, nuestro reconocimiento al Dr. Alfredo Piñeyro López, Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, por su buena disposición para la publicación de este trabajo.

ROBERTO CHAPA MARTINEZ

CAPITULO I.-INICIO DE UNA VIDA

A PRINCIPIOS de siglo, el mundo atravesaba por serias crisis; concretamente, en 1909, Inglaterra y Rusia ocupan Persia, ocurre la semana trágica en Barcelona, mientras que W. H. Taft, gobernaba los Estados Unidos de Norteamérica. En el ámbito nacional, se daban ya los primeros brotes de descontento contra la dictadura porfirista y se creaba el Ateneo de la Juventud, grupo de intelectuales mexicanos, formado entre otros por las recias personalidades de Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán y Henríquez Ureña, que alzaban su voz protestando por la política educativa del país; en el plano local, la desgracia hace presa de los habitantes de Monterrey, producto de la inundación de los últimos días de agosto, que había cobrado miles de vidas inocentes, dejando a su paso enfermedad, miseria, destrucción y miedo. El 9 de septiembre inmediato, por la calle de Arista, entre Tapia e Isaac Garza, en la casa marcada con el número 21, lado Oriente, nace don Ramón Cárdenas Coronado, primer hijo del matrimonio formado por don Gabriel Cárdenas, electricista y conecedor él de otros oficios, y doña Francisca Coronado, dedicada a las labores del hogar, originarios ambos del Estado de San Luis Potosí. Posteriormente completarían la familia: María del Re-

fugio, Gabriel, María del Carmen y Esther, hermanos de nuestro personaje.

La niñez de don Ramón transcurre como la de cualquier niño de su época, los juegos infantiles ocupan la mayor parte de su tiempo, inquieto habitante de una ciudad tranquila de 50,000 habitantes, al cuidado de su madre, que le inculcaba las buenas obras, predicando con el ejemplo.

La infancia de don Ramón en Monterrey se interrumpe por un viaje inesperado que realiza su familia al extranjero, viaje del que no se sabía a ciencia cierta la fecha del retorno, ya que don Gabriel, su padre, en busca de nuevos horizontes y de una fuente de trabajo, decide ir a vivir con su familia a Bear Grass, Texas, un campo minero, —minas de carbón—, entonces muy próspero, del que le habían llegado algunas noticias y en el que existía una colonia de mexicanos de aproximadamente 50 familias, situado este lugar en el Condado de Lion, más allá de Austin, capital del Estado. La memoria de don Ramón registra este hecho: *me veo viajando en un tren; contemplando a distancia por la ventanilla a unos hombres remando en una especie de piragua, al parecer formando un solo cuerpo, hombre y embarcación, similares a unos que yo había visto en algún libro . . . ¿sueño o fantasía?*. Viajaba el matrimonio Cárdenas Coronado con sus tres hijos: Ramón, María del Refugio y Gabriel; el último de apenas un mes de nacido; este viaje deben haberlo realizado por vía Matamoros, el día 2 de abril de 1913. El país pasaba entonces por una dura crisis, la Revolución Mexicana estaba en su punto crítico; entre otros muchos acontecimientos relacionados: acababan de asesinar a don Francisco I. Madero y a don José María Pino Suárez; don Venustiano Carranza había desconocido a Huerta; la Fundidora —la *Maestranza*—, según se le conocía ordinariamente, donde don Gabriel principiara a trabajar desde el año de 1906, antes de contraer matrimonio,

había suspendido ya prácticamente sus labores, obligando a don Gabriel a buscar otro trabajo y otro lugar más seguro para su familia.

Don Gabriel, si bien tenía ya un trabajo más o menos bien remunerado en Texas, que traía la deseada tranquilidad para él y su familia, su pensamiento estaba en Monterrey, y sólo los problemas derivados de una revolución lo habían orillado a abandonar el país, de tal suerte que cuando se le informa que las cosas en México estaban ya un poco más tranquilas, lo cual puede haber sido a mediados del siguiente año (1914), decide el retorno, que lo hacen también por tren, ahora vía Laredo. Pero habría de llevarse una gran desilusión al ver que en el momento mismo de su llegada a Monterrey, la ciudad estaba siendo ocupada por un fuerte contingente militar, hecho que se queda grabado en la mente de don Ramón, ya que conoce las armas de guerra —los cañones principalmente—, así como los numerosos hombres y armamento de un ejército. Viene a vivir en esta ocasión don Ramón, con su familia, por la calle de Tapia, cruz con Diego de Montemayor; es testigo a los pocos días de algunos enfrentamientos bélicos y del que él más recuerda fue de uno que empezó muy temprano por la mañana, y que a la media noche aún no cesaba, refugiándose a los niños debajo de las camas, sobre las que caían algunos *balines* de bala de cañón, ante el miedo de los chiquillos que se encontraban acostados sin poder dormir. Soportó entonces la familia también la escasez de víveres, teniendo que hacer don Gabriel, junto con otros familiares y amigos, viajes según decía, hasta La Estanzuela y otros lugares ahora cercanos a Monterrey, para conseguir cuando menos maíz, frijol . . .

Ante todas estas vicisitudes que traían como consecuencia el sufrimiento de la familia y en virtud de no tener visos de una estabilidad real el país, se decide otra vez la partida, ahora ya

no a los Estados Unidos, sino a Nuevo Laredo, Tamaulipas, donde estaban ofreciendo a don Gabriel un atractivo empleo. Producto de la situación imperante, el viaje —por tren, una vez más—, se hace lento y penoso, se realiza en dos o tres días, con sus respectivas noches, —ya que en el trayecto se habían efectuado recientemente algunos combates— para llegar finalmente a su destino; esto ocurría, según parece, poco después del mes de abril de 1914.

La estancia de la familia Cárdenas en Nuevo Laredo fue aproximadamente de un año, durante el cual el jefe de la familia se hace cargo de la Planta de Luz y eventualmente maneja los tranvías eléctricos, los cuales se operaban a la llegada del tren de Monterrey o los días de corrida de toros; el hogar de los Cárdenas estaba situado precisamente por el rumbo de la Plaza de Toros, cerca de la Casa de los Tranvías.

Tiene don Ramón en Nuevo Laredo el primer contacto con las *letras*, pues es aquí donde asiste por primera vez a la escuela, concretamente a párvulos, que entonces le decían *sonidos*; este contacto ha quedado grabado en la mente de don Ramón de la siguiente manera: *en la escuela tenía mi banquito de madera que me había hecho mi papá; cada quien tenía el suyo propio. Las letras —cubitos de madera— las llevaba yo en una especie de morralito de color gris, que me había hecho mi mamá. No recuerdo por dónde estaba exactamente la escuela, pero no estaba muy cerca de la casa; tampoco me acuerdo del nombre de mi maestra; creo que aprendí muy pronto los “sonidos”...*

Es en Nuevo Laredo, donde don Ramón enferma al parecer de tosferina, lo que hace que pierda considerablemente de peso, situación que le valió que por muchos años le llamaran *el Flaco*; para reponerse de dicha enfermedad, sus padres lo mandaron una

temporada con su abuelita doña Cuca, que vivía con su segundo esposo en un lugar —minas de carbón también— situado del lado americano, frente a Congregación Colombia, N. L., y donde en los atardeceres, al contemplar el Río Bravo, su abuelita señalaba a don Ramón el lado opuesto, diciéndole: *mira Ramón del otro lado es México...*

La estancia de la familia en Nuevo Laredo se interrumpe con la llegada de un enviado de las minas de Bear Grass (el Joe Louis), donde el papá de don Ramón había laborado y de donde se le venía solicitando insistentemente para desarrollar un trabajo especial... Emigra otra vez la familia a Bear Grass, Texas, quizás a mediados de 1915.

Tiene don Ramón ya para entonces grandes inquietudes de seguir aprendiendo a leer y escribir, pero no cuenta todavía con una escuela a donde asistir; conoce así a doña Elisa Acuña, una amiga de su mamá, a quien consideró siempre como la persona de quien aprendió realmente *las primeras letras*, hasta que ella estima que no tiene ya más qué enseñarle. Doña Elisa era la esposa de un español, don Orencio Cagigal y el matrimonio cultivó amistad con la familia Cárdenas durante muchos años.

En este mismo lugar, don Ramón cursa poco después los tres primeros grados de la escuela en idioma Inglés; siempre inquieto, siempre ávido de aprender más, con la imagen de un niño siempre con los libros en las manos, a tal grado que sus padres a veces se los escondían, para forzarlo a que tomara un descanso. De estos dos o tres años don Ramón tomó vivencias. Consideramos es ésta una etapa de la vida de nuestro personaje que le templó el carácter para el resto de su existencia. Infancia de aventuras, de supervivencia, incluso pasajes casi de ensueño. Trozos de la vida de un hombre que supo sobreponerse a muchas carencias; al propio don Ramón le escuché el siguiente

relato acerca de su niñez: *La primera escuela de Inglés a que asistí, quedaba como a una milla de distancia de donde vivíamos, pero se veía desde la casa; era a la vez, me parece, una Iglesia protestante. En cierta ocasión, durante el recreo, me quiso matar un "gringuito" que creo se llamaba Buster; decían que le daban ataques de locura; no recuerdo cómo empezó la cosa, pero estábamos en recreo y de pronto se dirigió a mí empuñando una navaja, yo corrí todo lo que pude y al fin me alcanzó al llegar al portal de la escuela, porque me caí; él siguió con la navaja en la mano; todos jugábamos con navajas al estilo de los muchachos rancheros tejanos, y sucedió que Buster quiso clavarme la suya en el pecho, pero antes trató de desabrocharme la camisa, pensando, tal vez, que en esa forma me entraría mejor; mientras tanto, yo me defendía, pero le veía los ojos muy feos, enfurecido; y en el interín, llegaron otros compañeros a quitármelo. Parece ser que ese mismo día se quemó la escuela; acabábamos de salir de clases, yo la vi quemándose desde la casa, con cierta tristeza. Pasaron algunos días antes de que nos fuera acondicionada otra escuela; primero se ubicó en otra iglesia, más lejana que la anterior, a las puertas del panteón, y después en otro local más cercano.*

En Bear Grass nació la segunda hermana de don Ramón.

Quiso el destino que la mina de Bear Grass se cerrara, lo que obligó a la familia a trasladarse a Evansville, otro mineral de carbón en desarrollo, muy cerca del anterior; tenía entonces don Ramón aproximadamente 8 años. El cambio, al parecer, le sentó bien a la familia. Habrían de vivir ahí por lo pronto otros dos o tres años, más o menos, tiempo que aprovechó don Ramón para seguir estudiando y principiar a trabajar; sí, trabajar a una edad temprana; un sentido innato de responsabilidad y de solidaridad con su padre lo impulsan a ello, convencido ya de que el trabajo era el único medio legítimo para llegar a ser feliz.

Don Gabriel su padre, había principiado a trabajar de *zorra* —muchachos que alumbraran con su lámpara a los mineros—, a los 12 años, en las Minas de Real de Catorce, S. L. P., al deceso de su señor padre, don Melesio.

Es en esta etapa de su vida donde se gana don Ramón *el primer peso*, casualmente pizcando algodón, del que obtiene 4.10 centavos de dólar en una semana, cantidad que entrega íntegramente a su madre, doña Francisca, que ante ese noble acto de su hijo, no puede contener las lágrimas, pidiéndole al mismo tiempo deje esa pesada tarea, que no es para su edad . . .

No obstante, poco después, encontramos otra vez a don Ramón ayudando a su padre en múltiples tareas: en la fragua, o en su casa, arreglando con él las barrenas y los picos de los mineros o soldando las lámparas de éstos, etc., tareas todas éstas que, según él mismo lo expresa, le habrían de servir toda la vida . . . Otras de sus ocupaciones fueron: vender tarjetas postales; semillas de plantas y de flores; cromos, etc.; formular pedidos de catálogos y hubo de desempeñarse algunas veces hasta de intérprete de los vendedores ambulantes, por recomendación de las señoras americanas, recibiendo muy buenas propinas.

Entre las múltiples facetas de su personalidad, está también la de haber estudiado en un curso por correspondencia que tomó su padre, las 303 piezas principales de una locomotora de vapor *Mikado*; así mismo, dentro de la agricultura, cultivó por espacio de dos años una parcela donde sembraba y cultivaba antes que nadie: elotes; sandías; melones; calabazas; chiles —muy codiciados, por cierto—; ejotes; chícharos; etc., los que luego comercializaba él mismo con la mexicanada, según expresa.

Fue también en Evansville donde don Ramón aprende a temprana edad a tocar varios instrumentos, como la guitarra, el

violín y la mandolina, llegando a dominar esta última, ya que aprendió a tocar por nota. Adquiere así una mandolina, que le costó 4.20 dólares y bajo la batuta del maestro don Simón Padrón, originario de Cloete, Coah., formó parte de una orquesta compuesta de violín, tocado por el mismo director; la séptima doble, por don Victoriano Cordero; el bajo sexto, por Anastasio Rodríguez, primo lejano de don Ramón; la guitarra, por Nasario; la mandolina segunda, por Cirilo; los dos últimos hermanos, al parecer de apellido Mendoza, chicos todavía, y don Ramón la mandolina primera. Esta orquesta llegó a ser muy solicitada por la colonia mexicana, tanto en el mineral como en lugares vecinos, tocaban en bailes y serenatas; su repertorio incluía melodías como: *Sobre las Olas, Alejandra, Jesusita en Chihuahua, Rosalía, Recuerdo, Violetas, Tierra Blanca, La Valentina y Adiós a Guaymas*, sin que pudieran faltar *La Adelita, La Cucaracha, La Marieta y Las Mañanitas*; mientras que a los americanos había que tocarles el *Home Swett Home, La Paloma* y el *Happy Birthday*, tocaban también en ceremonias religiosas, lo mismo católicas que protestantes . . . *Nuestros competidores*, —dice don Ramón— *eran don Chon Monsiváis y sus dos hijos, mexicanos también, estos últimos como de unos siete y ocho años aunque, modestia aparte, no nos llegaban . . .*

Había también en la región unos “bolillos” rancheros, músicos, a los que en el barrio mexicano les decían “los tontos”; era un conjunto de acordeón, violín, mandolina o banjo, creo que éste fue el primer conjunto de música “country” que yo conocí . . ., nos dice don Ramón.

Así se desarrolla la vida de don Ramón, en un ir y venir de un lugar a otro, en busca de una vida mejor. De Evansville, los Cárdenas, juntos con algunas otras familias, se mudan en un momento dado a Calvert, otra mina de carbón, cerca de Houston; el hecho importante aquí, es que don Ramón conoce el mar, que

lo cautiva por sus atardeceres, en Galveston. Al inundarse repentinamente la mina, en compañía también de algunas otras familias, se irían a Mallacoff, cerca de Dallas, *un lugar muy feo*, dice don Ramón, *del que únicamente recuerdo que el día que llegamos ahí cumplía yo 10 años*, para después regresar otra vez a Evansville, donde vivieron otros dos años.

Pero a medida que pasaba el tiempo, se acrecentaban sus deseos de regresar a Monterrey a estudiar; así lo externaba cada vez que se presentaba la ocasión; a veces en forma de ruego, a tal grado que los dueños de la mina donde trabajaba su padre, al darse cuenta de los deseos de aquel chico inquieto, le ofrecían becarlo para que fuera a estudiar lo que él quisiera en los Estados Unidos; pero esto era rechazado sistemáticamente por don Ramón, ya que su única obsesión era venir a estudiar a México . . . Las súplicas al fin tuvieron eco y un buen día, don Gabriel, su padre, decide el regreso a México. Era el 12 de diciembre de 1921; mucha gente se congregó para despedirlos en su viaje a la estación de ferrocarril más cercana: Jewett, a dos o tres millas de distancia de Evansville. Allá parten en un *guayín* colmado hasta los topes, para continuar luego a San Antonio y de allí a su destino final: Monterrey. Don Ramón acababa de cumplir 12 años de edad.